



PASTORAL
DEL
ILMO. SEÑOR OBISPO DIOCESANO
SOBRE
EL CRISTIANISMO
(SÍNTESIS HISTÓRICO-FILOSÓFICA)

NOS EL DR. D. MARIANO SOLER, POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE, OBISPO DE MONTEVIDEO, ETC., ETC.

AL VENERABLE CLERO Y FIELES DE LA DIOCESIS, SALUD Y BENDICION EN N. S. JESUCRISTO:

«Ego sum lux mundi... Ego sum via, veritas et vita». Palabras de Jesucristo.

«Yo soy la luz del mundo, Yo soy el camino, la verdad y la vida.» ¡Palabras sublimes y redentoras, que la humani-

dad no habia oido jamás! Ninguna boca humana, ningun filósofo, ningun sabio, ningun legislador, ninguno de los grandes que en el mundo han sido, las habia pronunciado jamas. Solo pudo oirlas y solo las oyó de los labios de Jesucristo; porque solo él pudo afirmarlas de si mismo á fuer de Hijo de Dios, Dios y Hombre verdadero.

Y esta inaudita autoafirmacion de la divinidad de Jesucristo es el eterno tormento y la suprema desesperacion de la critica incrédula: el que afirma de si mismo que es *la luz del mundo, la verdad y la vida*, sino es Dios, es el mas insensato blasfemo; pero la blasfemia y la insensatez repugnan en la personalidad del Cristo. Este dilema no tiene solucion para los que, haciendo del Redentor del mundo un personaje incomparable, sin igual ni superior en los anales de la historia, le quitan sin embargo, la aureola de la divinidad.

Y lo que Jesucristo es en su persona, lo es tambien para la humanidad por medio del cristianismo, que es *luz y verdad* para el mundo, *mentor y vida* para el género humano; siendo esto tan verdadero que ha llegado á ser un postulado histórico, como quiera que no existe civilizacion sino donde la ha in-

troducido el apostolado cristiano por la Iglesia.

Ante el espectáculo consolador de un movimiento religioso, cada vez mas acentuado en el orbe entero, sin que de él deje de participar con honor nuestra querida patria, hemos creido oportuno exponer á la consideracion de todas las almas de buena voluntad una síntesis histórico-filosófica del cristianismo; á fin de que, llamando la atencion sobre asunto y cuestion tan importantes, podamos contribuir de nuestra parte á la aceleracion de esa vuelta feliz de los espíritus hácia el ideal salvador y regenerador del Evangelio.

Basta que el cristianismo sea conocido, para ser aceptado por todo espíritu sincero; pero ¿cómo lo conocerán, sino se reiteran oportuna é importunamente las razones de su credibilidad irrefutable, la sublimidad de su doctrina y la inmensidad de sus beneficios?

Hé aquí, pues, la materia que hemos determinado tratar al tener que dirigimos la palabra con ocasion de ese tiempo augusto y clásico para el cristianismo, que llamamos la santa Cuaresma; rememoracion aniversaria del acontecimiento diecinueve veces secular de

la Redencion del género humano por el Hombre-Dios.

Y al cumplir así con nuestro ministerio pastoral, nos proponemos tambien llamar la atencion sobre el inmenso mal de esa política escolar, inaugurada por nuestro siglo con la escuela llamada *neutra*, que prescindiendo de la enseñanza religiosa, error inaudito en el seno de los mismos pueblos paganos, atrofia las facultades morales del alma y convierte en barbarie ilustrada la civilizacion de los pueblos.

Y ¡cuán cierto es que la religion es lo que mas interesa al individuo y á la sociedad! Pues ¿quién ignora que el hombre es esencialmente religioso, hasta el punto de no vivir sino de sus creencias? Asi como no ha podido ni puede subsistir ningun pueblo ateo, puesto que no tendria sancion que dar á sus leyes, á la moral y á todo lo que constituye el orden, la paz y el bienestar.

Quítese á Dios de las creencias, y la conciencia, que es todo el hombre, queda sin sancion, asi como sin freno el vicio, sin aliciente la virtud y sin garantía la justicia.

Por eso todos los grandes legisladores han reconocido que la religion es el único y sólido fundamento del orden

público y social, así como de los deberes y derechos individuales. Y en efecto, por mas protestas que hagan los incrédulos de honradez y moralidad; sin Dios no se tendrá mas que la moral propia del ateismo, la moral utilitaria, que regula los deberes y derechos por el propio interés. Por eso la historia nos muestra la religion colocada cabe la cuna de todos los pueblos, y el excepticismo religioso con la moral utilitaria, al lado de su tumba.

Ahora bien, si la multiplicidad de religiones falsas prueba la necesidad de una religion verdadera; entre todas las diversas creencias religiosas que han dominado en el mundo, solo el cristianismo se presenta con los caracteres de certidumbre que desafian el exámen mas severo; así como el cuadro de sus desenvolvimientos y de su benéfica influencia en los destinos de la humanidad, es el mas hermoso espectáculo que pueda contemplar el historiador filósofo.

Por fortuna en nuestros dias los espíritus superiores, libres de los prejuicios de la incredulidad sistemática de la última centuria, con un ardor que demuestra por lo menos su amor á la verdad, vuelven á un exámen mas serio é imparcial de los títulos del cristianismo

Erudicion, historia, filosofia, ciencias físicas y naturales, todo se ha puesto á contribucion para atacarle ó para defenderle; más no parece que haya sido obligado á comparecer ante las luces del siglo, sino para que su divino Fundador consiga el mas espléndido triunfo, y para que se acelere con el contingente de las grandes inteligencias el establecimiento definitivo de su reinado universal en el mundo, sin que deje de tener parte en esta generosa reaccion de los espíritus mas distinguidos, el inmenso fracaso de las teorías adversas al cristianismo, hasta el punto de comprenderse ya que la sociedad se hunde si no recurre al Evangelio; y recurrirá por fuerza, por el interés de la propia salvacion, porque el cristianismo es el mentor eterno de la humanidad.

Vamos, pues, a dar comienzo á nuestra exposicion sintética del cristianismo por el exámen de su método propio y de sus bases constitutivas; advirtiendo desde ya que usaremos un lenguaje adaptado aún á los no creyentes, á fin de que todos nos comprendan; aunque deberemos ser algo mas extensos por exigirlo así la magnitud del asunto, que es el mas digno de llamar la atencion del verdadero filósofo y de todo hombre.

II

La verdad, una en la cumbre, se manifiesta en su base bajo una triple relacion, haciendo resplandecer su claridad en la ciencia, la política y la religion. Siempre hermosa bajo estos tres puntos de vista, interesa y apasiona sin embargo á nuestro corazon en grados diferentes; en efecto, la mayor parte de los hombres viven desapercibidos de la verdad científica, cuyo objeto no les toca tan de cerca; muchos se preocupan poco de la verdad política; pero nadie permanece absolutamente extraño á la verdad religiosa. La indiferencia completa á este respecto no puede ser mas que excepcional y transitoria, y supone la degradacion del corazon, porque ¿á qué ser racional no le interesa saber de donde viene y adonde vá?

Ahora bien, la Providencia, que ha puesto en nosotros una necesidad tan pronunciada de la verdad religiosa, ha colocado tambien su objeto á nuestro alcance; porque sin esto seriamos una obra monstruosa en la cual el fin no estaria de acuerdo con los medios, y en la que el objeto faltaria á todas las facultades.

Y si la religion es una necesidad para

todos y debe estar al alcance de todos ¿cómo podría pretenderse que fuese para cada individuo el resultado de investigaciones filosóficas y metafísicas? Desde luego este método estaría fuera del alcance del pueblo, de la inmensa mayoría del género humano. ¿Cuál será pues, el método mas adecuado y adaptado á todas las inteligencias, mas fácil, mas seguro, mas cierto y mas universal? Indudablemente la enseñanza tradicional, la fé fundada en la autoridad divina. La fé es la única que puede satisfacer la necesidad de unidad y de firmeza que existe en nosotros al tratarse de la verdad religiosa; porque dejar la religion abandonada al criterio individual es quitarle toda sancion y proclamar el excepticismo religioso.

Por tanto, la religion debe tener el carácter de *verdad absoluta*, para que pueda ser *universal*, esto es, adaptada á todas las inteligencias, lo mismo á la del jóven que á la del anciano, del ignorante, como del sabio; ya que la religion es para todo hombre y para todos los pueblos.

Pues bien, solo el cristianismo tiene el carácter de *religion absoluta*, porque es la única que emana de una *revelacion positiva y divina*.

No se trata de una verdad hallada en un tiempo cualquiera y por un filósofo cualquiera, y abandonada despues á su propio desenvolvimiento y á las fuerzas del espíritu humano; la verdad de la religion cristiana es la verdad revelada por Dios á la humanidad; y por tanto la verdad absoluta por el signo característico de su origen divino.

Verdad es que otras religiones pretenden ser esencialmente reveladas; pero la diferencia entre ellas y el cristianismo, tomado en sus relaciones íntimas con el mosaismo, consiste en que esas religiones, apelando á la revelacion, prueban que la verdadera religion debe fundarse en la revelacion divina, la cual no se encuentra mas que en el cristianismo; pues solo este puede presentar al mundo los títulos de legitimidad, los *motivos de credibilidad*, esto es, los argumentos y pruebas que sean suficientes para convencer y subyugar al entendimiento humano, siempre que busque con sinceridad lo verdadero.

Y téngase presente que este sometimiento de la razon humana á la religion revelada es la mayor garantia para todo hombre y el uso mas legítimo de sus facultades, como tan sensatamente lo declara el ilustre publicista Thierry. «El ofi-

cio de la razon es demostrarnos que Dios ha hablado á los hombres por medio de Jesucristo, y una vez demostrado este hecho por la historia, la razon no tiene derecho de discutir, sino que su deber es aprender en el Evangelio lo que Dios ha enseñado y creerlo. *Este es el mas noble uso que ella puede hacer de sus facultades.*»

Hé aquí demostrada la razonabilidad del método cristiano, comprobándolo así la filosofía de la historia, puesto que donde no impera el cristianismo no existe la civilizacion, sino fanatismo ó incredulidad. Pero nótese además que, si la religion absoluta es la que conserva por la tradicion, la revelacion divina, una sola religion puede ser la verdadera, siendo todas las demas falsas en diferentes grados, y no viven mas que por la porcion de verdades reveladas que han conservado. Despues de un lapso de tiempo mas ó menos prolongado, mueren ó se transforman; solo el cristianismo persiste en su estado primitivo, y no hace mas que desarrollarse sin cambiar jamás, porque solo él se funda en lo admitido por todos en todo tiempo y en todo lugar, segun la bella definicion de San Vicente de Lerins.

Cristianismo y catolicismo son, pues,

dos términos rigurosamente sinónimos; el uno designa la doctrina de Cristo, el otro la caracteriza. En vano el primero de estos términos recibe una significacion impropia de su pureza primitiva, cuando se designa con él las sectas disidentes; lo esencial es entenderse. No puede haber cuestion para nosotros sino del cristianismo católico, el único en que el espíritu humano encuentra á su alcance un medio siempre fácil de demostrarse la verdad ó el error de sus opiniones.

La verdad religiosa en efecto, debe encontrarse en el elemento comun ó tradicional que constituye la autoridad del catolicismo; y esta autoridad á su vez, debe servir de base y de regla al elemento humano ó individual, impotente por sí mismo para formar un sistema religioso. Esto no quiere decir que la ciencia debe anonadarse ante la fé; sino que la ciencia para ser legitimada por el cristianismo, debe ser un principio de explicacion y no de protesta y rebelion contra el elemento tradicional revelado.

El espíritu humano bajo el imperio de la religion no está condenado á la inmovilidad; es libre al contrario, para presentar los dogmas antiguos bajo nuevos aspectos y de procurar conocer la ver-

dad en sí misma en cuanto se lo permita su flaqueza; pero debe al mismo tiempo adherirse por la fé á la unidad perpétua y á la universalidad de las creencias para no extraviarse.

Establecer entre los dos modos necesarios del espíritu humano una santa armonía; conciliar la razón individual que explica y la razón general que mantiene y perpétua; tal es la base ancha y profunda sobre la cual reposa la lógica de una religión que se anuncia como fundada por el mismo Dios.

..

El cristianismo, lo repetimos, reposa todo entero sobre la revelación y por eso mismo es absoluto é invariable como la verdad. Ahora bien, el cristianismo encierra dos épocas principales: la de la revelación primitiva, que promulgó las verdades principales necesarias al hombre desde el origen, y la de la revelación evangélica, que fué el magnífico complemento de la primera.

La historia, los monumentos, el testimonio de todos los pueblos concuerdan en establecer de la manera mas segura, la conformidad del símbolo universal antiguo con el nuevo. La existencia de un

Dios criador y conservador, con todas las consecuencias de tal principio: la moral, los deberes para con Dios para consigo mismo y para con el prógimo. La existencia de seres intermedios entre el hombre y el Ser supremo; la revelación de una ley divina; la expectación de un mediador destinado á levantar la humanidad originariamente caída; la creencia en un estado futuro de felicidad, de purificación y de castigo; la confianza en la eficacia de la plegaria, de la gracia y del sacrificio; todas las grandes verdades, en una palabra, que son las de la religión del Cristo, se encuentran mas ó menos puras en la religión de todos los pueblos. El cristianismo se presenta, pues, como establecido sobre una base de autoridad que es la de la razón humana misma; y la Iglesia así lo reconoce al promulgar sus decisiones: no hace entonces mas que notificar oficialmente lo que ha establecido la fé tradicional; porque se trata para ella, no de crear dogmas nuevos, sino de transmitir simplemente por el testimonio lo que la palabra divina le ha revelado.

En definitiva todo en el cristianismo se apoya en la idea generatriz de la fé, regla soberana de los espíritus y de los

corazones. La fé es el astro inmóvil que nos ilumina y nos contiene en su esfera de actividad, como el sol visible que brilla en la bóveda celeste, conserva en los límites de sus órbitas los planetas que, solicitados sin cesar por una fuerza contraria, tenderian á rodar lejos de él y sin su luz, en el caos y las tinieblas.

Esta revista rápida de las bases constitutivas del cristianismo le presenta desde luego como la doctrina filosófica mas pura y elevada. Pero si existe en el fondo de sus creencias un hermoso sistema racional, es necesario cuidarse de no ver en él mas que un simple sistema de filosofía. Es la religion absoluta revelada por Dios; y por ende la filosofía del género humano, pero con la garantía única que engendra la infalibilidad, esencialmente necesaria en religion para la unidad y fijeza del culto verdadero.

El cristianismo no es solamente una teoría, sino que es tambien y ante todo una institucion práctica, que es de lo que tiene necesidad el género humano. Para ser cristiano, no basta razonar, es necesario obrar, orar; y es á la voz de la plegaria que la fé descende del cielo é ilumina el entendimiento. La fé es el verdadero eco de la palabra divina al traves del tiempo y del espacio; la razon repite la

misma palabra, pero de una manera mas debil é incierta. La creencia que apoya la razon sola, puede ser derribada por un contratiempo cualquiera, turbada por un sofisma; la creencia que reposa sobre la fé, es inquebrantable por la autoridad divina en que se funda y es la única que engendra verdaderos creyentes, verdaderos apóstoles y verdaderos mártires.

Por eso las enseñanzas de la fé tienen un alcance muy superior á las de la filosofía, sin mas base que el frágil criterio individual, y el libro que las contiene es mucho mas hermoso en su sencillez que los tratados mas sublimes salidos de la mano de los hombres.

El Evangelio es pues, considerado con buen derecho como el código de la humanidad. El cristianismo vino con este libro en la mano á cumplir y realizar la mas estupenda de las revoluciones y á fundar un imperio de los espíritus destinado á atravesar todas las edades, á pesar de todos los obstáculos y de todas las crisis. Desde el principio demostró su potencia invencible. Por eso se vió que sin armas, sin tesoros, sin otra potencia que la de la palabra, cambió el mundo y le hizo caer postrado al pié de la Cruz. Y ¡qué mundo espantable aquel

en cuyo seno pregonó sus enseñanzas! El paganismo había deificado todas las debilidades del hombre; las pasiones y los sentidos dominaban solos, revistiendo la divinidad con sus degradaciones. El Creador, cuya sabiduría y grandeza resplandecen por doquiera en el universo, estaba universalmente desconocido: entonces todo era Dios, excepto el mismo Dios, exclama Bossuet. ¡Tan grande era la alteración del buen sentido y la corrupción moral!

Los filósofos con sus pomposos discursos, el mismo Platon, con su elocuencia, que se ha calificado de divina ¿qué hacían sino sacrificar, rendir homenaje á la mentira como los vulgares adoradores de los ídolos?

Alguno de ellos ¿llegó jamás á destruir un altar ó á destronar una sola divinidad? Lejos de esto, retenían á la verdad cautiva estableciendo como regla que en materia de religion el pueblo debía servir de norma; de manera que la idolatría perpetuaba de este modo los errores mas monstruosos al amparo de los mas grandes nombres, y los mismos sabios manifestaban una deferencia culpable hácia las locuras de la multitud. ¡Qué apóstoles tan cobardes los de la ciencia filosófica!

La conversión del mundo no podía, por tanto, ser la obra de los filósofos ni de los poderosos; estaba reservada á Cristo y á sus apóstoles. Era necesario que fuese el fruto de la Cruz, para que la sabiduría de los sabios y la ciencia de los filósofos quedasen convencidas de impotencia.

El establecimiento del Evangelio sobre las ruinas del politeísmo presenta el ejemplo, único en la historia, de una religion perseguida, que llega á transformar completamente la religion y moral de un pueblo dominador y civilizado. Porque notadlo bien, no fué por sorpresa, sino en pleno día, en medio de todas las luces de la época mas sabia que el cristianismo tomaba con esplendor posesion del universo.

Los profundos misterios que enseñaba habían sido anunciados al primer hombre, esperados por los patriarcas y presentidos por el genero humano todo entero. El cristianismo, hablando rigurosamente, no nacia con Cristo; adoptaba solamente un nuevo nombre, al llegar á una enérgica virilidad.

Su acción hasta entonces parcial y limitada, iba á ejercerse en una esfera mas vasta bajo la influencia de una mano divina. Lo que las creencias universales

habian consagrado en todos los tiempos y en todos los pueblos, lo consagraba á su vez de una manera soberana refiriendo á Jesús de Nazaret el cumplimiento de las promesas hechas á la humanidad.

Hé aqui ahora una observacion muy digna de tenerse en cuenta: el Mesias esperado durante cuatro mil años, ha dejado de serlo desde hace dieciocho siglos; la venida del que se llamaba el Hijo de Dios ha cerrado los tiempos antiguos y abierto la nueva era; en fin, la doctrina que ha dado al mundo es la única que ha recogido fielmente la verdad religiosa que una cadena no interrumpida de hombres eminentes representa, de una manera visible, en sus tres grandes periodos: desde el primer hombre hasta Moises por los Patriarcas; desde Moises hasta Jesucristo por los Sumos Sacerdotes; desde Jesucristo hasta nosotros por medio de Pedro y sus sucesores, esto es, la Iglesia. De manera que la religion patriarcal, la ley mosaica y la ley cristiana se dan estrechamente la mano y unen el presente al pasado hasta el origen de las cosas ¡Qué sucesion mas magnífica y mas digna, de excitar los transportes de nuestra admiracion! Pero esto tambien constituye otro carácter que revela ser la religion absoluta y

universal. La religion verdadera debia contener todas las verdades parciales.

III

El mundo no podia mas cuando el cristianismo vino á separarlo, con una autoridad hasta entonces sin ejemplo, de los caminos impuros en los que se habia arrojado desde mucho tiempo. El cuadro de la sociedad en esta época es espantoso; el mal se habia hecho tan intenso, que era imposible al genio humano ponerle remedio. El saqueo del mundo habia introducido hácia el fin de la República romana, un gusto desenfrenado por las riquezas y los placeres, cohonestando todas las pasiones.

Rotos todos los vínculos de la familia, dejaban una larga entrada al divorcio, á la exposicion y matanza de los niños.

La corrupcion mas espantosa anulaba la accion de las leyes, que ya eran impotentes; las mismas mujeres de alta alcurnia, solicitaban sentencias que las declaraban infames, para entregarse sin freno á sus pasiones. En cuanto á ese sentimiento divino de la piedad, que nos hace compadecer el infortunio de nuestros semejantes, ni siquiera se conocia, ó se le consideraba como una vileza. Las

sangrientas proscripciones de Mario, de Sylla y de Octavio no habian hecho mas que fortificar en el pueblo romano ese amor á la sangre, que le hará siempre en la historia uno de los pueblos mas execrables. Los Atenienses en el seno de su corrupcion, no habian dejado de conservar cierta elegancia; pero los Romanos no encontraban gusto para sus detestables placeres sino olian á sangre. Se vió entre ellos un pueblo de esclavos destinados á los combates del circo; y ¡cosa inaudita! estos desgraciados se esforzaban por caer con gracia en las fauces de las fieras, para hacerse aplaudir por la belleza cruel, cuyo corazon se llenaba de placer oyendo los gritos del dolor y los gemidos de los moribundos.

Mientras todas estas infamias se contemplaban en Roma, frios retóricos no dejaban de hacer ostentacion de máximas severas y de pomposas sentencias; como si las frases sonoras pudiesen reemplazar jamas la moral, ó las fútiles declamaciones sustituir las doctrinas sobre las que se basa la sociedad. Asi que los espíritus no sabian ya á que atenerse y flotaban al acaso en un oceano inmenso de incertidumbres: el excepticismo habia roido todas las creencias: la única religion en honor era la volup-

tuosidad y el hedonismo, y la virtud estaba identificada con el placer y el intereses.

La incredulidad, no consagrando mas que la fuerza material, produjo la esclavitud de los unos y la tirania de los otros; con ella la libertad fué imposible, porque la libertad no vive sin las buenas costumbres, la abnegacion y el sacrificio, y nada de esto se encuentra en el incrédulo: el hombre ateo no sacrifica sino á su egoismo, y no pide otra libertad que la de satisfacer sus pasiones.

Mientras que el Imperio romano estaba gangrenado por todas estas causas de disolucion, una aparente prosperidad se extendia al exterior. Augusto habia cerrado el templo de Jano; porque la paz reinaba en el universo, y los pueblos, levantándose como las espigas despues de la tempestad, podian descansar un instante de sus prolongadas luchas. Los tiempos del Cristo-Mesias se acercaban; los libros sagrados de los Judios habian marcado su venida de una manera precisa hácia la época de que estamos hablando: cuando el cetro de Judá pasase al extranjero. La espectacion de un nuevo Rey, cuyo imperio debia estenderse sobre toda la tierra, existía hasta en las extre-

midades mas lejanas del globo. Por doquiera circulaban en las ciudades y en los campos rumores misteriosos, y era opinion universalmente acreditada, que este poderoso dominador del mundo saldria de la Judea.

Los oráculos sibilinos estaban de acuerdo en esto con las tradiciones generales, y el mismo Virgilio parecia haber elevado su musa hasta los acentos de la profecia, no creyendo celebrar sino la gloria de un jóven príncipe, la esperanza de Roma. Así, de todos los puntos del Imperio, desde las vastas regiones del Norte, en donde se guarecian hordas independientes de bárbaros, desde las regiones apenas conocidas de nombre á los romanos, que se extendian hasta el fondo del Asia, todas las miradas se dirigían hácia los lugares que fueron la cuna del género humano.

En tales circunstancias, deseando Augusto saber sobre qué número de cabezas se extendía el cetro de su poder, ordenó un empadronamiento universal de los pueblos de su imperio. Entonces partió de Nazaret un pobre carpintero llamado José, aunque descendiente de David, dirigiéndose á Belen, antigua residencia de sus padres de la tribu de Judá, para hacerse inscribir allí con Ma-

ria, su esposa. Su indigencia era grande y no encontrando hospedaje, se refugiaron en un establo en donde Maria dió á luz un hijo. El Salvador del mundo acababa de nacer en el lugar profetizado, y al cumplimiento de esta profecia contribuye el orgullo de Augusto.

Todas las pompas de la tierra le faltaron; pero una estrella misteriosa, símbolo de la luz que traía á los gentiles, presidió á su nacimiento.

Voces misteriosas dejáronse sentir en los aires anunciando la gloria del Altísimo y la paz concedida á los hombres de buena voluntad: tal fué la aurora del nuevo dia que iba á iluminar la tierra.

Los evangelistas, despues de habernos narrado en pocas palabras la infancia de Jesús, despues de habérnoslo mostrado un instante en el templo, á la edad de doce años, en medio de los doctores, que asombra por la sabiduria de sus discursos, interrumpen de golpe su narracion hasta la época de su predicacion.

Entonces comienza un nuevo orden de cosas.

Al acercarse los tiempos de la predicacion del Salvador, otro Elías, el Bautista, le prepara los caminos llamando los pecadores á la penitencia:

á la edad de 30 años, Jesucristo se pone por sí mismo á predicar su doctrina y pone los fundamentos de su Iglesia por la vocacion de doce pobres pescadores, á la cabeza de los cuales coloca á Simon Pedro. Recorre la Judea sembrando por doquiera los beneficios á su paso, anunciando altos misterios que confirma con estupendos milagros; ordena las más heróicas y sublimes virtudes, pero dá al mismo tiempo grandes luces, grandes ejemplos y grandes gracias para practicarlas.

Su vida, su doctrina, sus milagros presentan un conjunto maravilloso en donde todo seliga y sostiene: la magestad y la santidad de sus costumbres era la admiracion de todos. Jamás boca alguna habia hablado á los hombres con tal autoridad y jamás la elevacion de los preceptos habia sido templada por una mas dulce condescendencia. La doctrina del Cristo es como pan para los fuertes y leche para los niños. No es á los poderosos á quienes se dirige desde luego, sino á los débiles y oprimidos. «Venid á mi, dice, vosotros todos los que sufrís y estais agobiados que yo os aliviare: amaos los unos á los otros; haced á los demás, lo que deseareis se hiciese con

vosotros; perdonad las ofensas, y vuestro padre celestial os perdonará.»

Cuando habla á sus discípulos de lo que deben esperar en este mundo, no les promete honores, riquezas ni placeres; no les ofrece en perspectiva mas que el desprendimiento de las cosas de la tierra, la represion de las pasiones, una cruz que llevar, persecuciones que sufrir, y en fin, la muerte; pero al otro lado de la vida, les muestra la mansion de su Padre y la posesion del mismo Dios, una felicidad interminable, como la recompensa de todos sus sacrificios.

Esta sublime doctrina que el mismo cielo traia á la tierra, no impidió que fuese Jesucristo el objeto de los ódios mas furiosos de parte de los ingratos á quienes no cesaba de hacer el bien y cuyo castigo les predecia con lágrimas. Los judios entregados al error y á los falsos profetas, animados por los escribas y fariseos, acabaron por pedir su suplicio á grandes voces y por posponerlo á un infame ladron, Barrabas; escena que se ha repetido al traves de los siglos, cuando los pueblos cristianos caen en la impiedad y corrupcion.

La escena de la pasion de Jesús es un relato inaudito, en donde el Dios hecho hombre, abandonado en su agonía por

sus mismos discípulos, consiente ser entregado á los malvados y se ofrecē en expiacion por los pecados del mundo.

Despues de terribles tormentos espira sobre una cruz, lanzando este gran grito: *¡Todo está consumado!*». Sí, todas las profecias se habian cumplido.

A esa palabra la naturaleza se conturba hasta en sus fundamentos, el sol esconde sus rayos, las figuras pasan y los sacrificios quedan abolidos por una oblacion mas perfecta. La tumba recibe al que habia hecho la vida, pero no puede conservarlo mas que tres dias. Como lo habia predicho, el Cristo, despues de este término, se libra por su solo poder del imperio de la muerte, se muestra á sus discípulos acobardados en diversas circunstancias, y se somete á su exámen de todas las maneras para convencer á los mas incrédulos. Despues de haberlos confirmado en la fé les manda ir y enseñar á todas las naciones en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, prometiéndoles estar con ellos hasta la consumacion de los siglos en su Iglesia: hecho esto, se eleva á los cielos en su presencia y desaparece á sus ojos.

Pero cosas mas estupendas vá á contemplar el mundo entero, en confirmacion de estos prodigios.

IV

Cuarenta dias despues, algunos pobres pescadores que habian amarrado sus barcas á los bordes del lago de Genesaret y suspendido sus redes en las puertas de sus chozas para seguir al divino maestro, que acababa de subir á la diestra del Padre, salen del cenáculo transformados en nuevos hombres por las luces del espíritu Santo. Sin mas garantías que las promesas que les habia hecho, parten desde el pié de la cruz con un cayado en la mano y marchan á la conquista del mundo. Jamas se vió empresa semejante; nadie hasta entonces habia conocido semejante apostolado universal.

Y ¿qué pretenden estos hombres, poco há tan tímidos, y que emprenden su conquista sin poseer ninguna de las influencias del poder, de la fortuna, de la ciencia ó de la consideracion pública? ¡Extraña y loca idea en apariencia! Aspiran á destruir el imperio de la idolatria universal y á hacer adorar un Dios muerto sobre una cruz! Mientras los mas grandes filósofos de la antigüedad apenas lograron reunir algunos adeptos que iniciaban en los secretos de sus doctrinas, ellos anuncian con una invenci-

ble confianza que convertirán el universo; y los efectos no tardaron en responder á sus esperanzas. San Pedro, toma el primero la palabra y en dos predicaciones convierte 8.000 judios. La Iglesia de Jerusalem comienza: las virtudes de los primeros cristianos asombran el mundo. Pablo, de perseguidor, se convierte en el mas ardiente apóstol de la nueva religion, que propaga por una multitud de naciones; mientras otros discipulos llevan la doctrina de su maestro á países lejanos en donde jamas habian penetrado las armas de los romanos.

Cien años despues de la muerte del Salvador una multitud de pueblos vagabundos que andaban errantes y acampaban en tiendas, habian abrazado ya esta doctrina; un poco mas tarde Tertuliano decia á los emperadores romanos: «No somos sino de ayer y llenamos vuestras ciudades, vuestras colonias, el ejército, el Palacio, el Senado y el Forum; no os hemos dejado sino vuestros templos, que ya están desiertos».

Humanamente hablando, la realizacion del cristianismo era imposible en el momento que apareció. Las pasiones, el interes, la violencia ciega, el fanatismo por los dioses del imperio, todo se armaba contra él.

A las risueñas fiestas del paganismo, á las graciosas imágenes de la mitología, á las dulzuras de la licencia no venia á oponer sino el dolor, la expiacion, graves ceremonias, una moral que combatia todas las pasiones, y dogmas impenetrables que ofendian el orgullo.

En medio de tan grande desórden, lo que podia sucederle como mas feliz, á no estar sostenido por una mano divina, era pasar desapercibido como una locura ó ser despreciado como incomprendible; sin embargo, á pesar de todos los obstáculos, á pesar de las groseras supersticiones á que estaba entregado el mundo entero, sin que los mismos hombres sabios entre los paganos se considerasen con fuerza para luchar contra el torrente, los primeros cristianos no tardaron en realizar en su sociedad los mas hermosos ensueños de la filosofía y fundaron sobre el amor una república mas casta y mas feliz que la de Platon. Ocultos en las sombras de las catacumbas, hacian con una religion cubierta del menosprecio lo que ni siquiera podian intentar la sabiduria humana secundada por toda la influencia del cetro. Asi, cuando los primeros tiranos de Roma desaparecieron de la escena del mundo y que los mejores principes en-

sayaron reformar las instituciones y las costumbres, sus esfuerzos no probaron otra cosa que su impotencia. Estos señores del mundo lo podían todo y no hicieron nada, porque nada es posible cuando á las leyes no sirve de base la moral garantida por la fé religiosa con sancion divina.

Y ¡cuántas enseñanzas hay en estas lecciones de la historia del cristianismo, así para los pusilánimes que todo lo ven perdido para la religion, ante la terrible crisis social que atravesamos, como para los gobernantes y legisladores modernos, que creen conjurar los furors del anarquismo sin ampararse en la educacion religiosa! Sin religion puede vivir la corrupcion y el despotismo; pero sin la fé no puede existir ni la moral, ni la libertad, ni el orden.

El Imperio romano era entonces un fango amasado con la sangre de los esclavos y el cieno de la corrupcion! ¿como pues, la perfeccion podia venir á reemplazar una corrupcion tan grande sin el dedo de Dios? La rapidez con la cual se propagó el cristianismo á pesar de todos los obstáculos es, sin embargo, un hecho constatado por todos los autores de la época; pero ¿á qué, atribuirlo sino al cumplimiento visible de las profecias

que á él se referian, y á los prodigios obrados en su favor? La accion de Dios es manifiesta en el establecimiento del cristianismo, si el mundo se ha convertido á la vista de cosas extraordinarias y prodigiosas; porque si fué posible que no las haya visto, este seria el mas grande de los milagros, como advertia S. Agustin. De manera que sin milagros es mas milagrosa é inesplicable la conversion del mundo al cristianismo.

Nada turba mas á la razon en el primer momento, que la creencia en los milagros; nada sin embargo mas natural, si se reflexiona, que una mision sobrenatural debe ser testificada por hechos del mismo orden. Por eso los milagros han sido siempre considerados como uno de los principales fundamentos de la verdad del cristianismo.

Cuando se lee el texto sagrado, se ve claramente que Jesucristo los obraba con el doble objeto de dar á su doctrina una sancion divina y de hacer el bien entre los hombres. Anunciados por los profetas y confirmados por el testimonio de los mártires, los milagros del Evangelio adquieren por esta doble circunstancia una fuerza que nada podrá quebrantar; y es digno de notar que los Judios y los enemigos mas implacables del

cristianismo, como Celso y Juliano, á quienes ha plagiado Renan en sus objeciones, no negaron jamas su evidencia. Los primeros pretendian explicarlos afirmando que el Cristo obraba por la virtud del nombre inefable de Dios que él habia robado, no se sabe de qué manera en el santuario; los segundos no veian en él mas que un hombre profundamente versado en los secretos de la magia egipcia: todos, al menos, lo consideraban como un hombre aparte y extraordinario. Asi es tambien que varios emperadores, impresionados por el brillo de sus obras, se propusieron atribuirle los honores divinos; entre ellos Tiberio, Adriano y Alejandro Severo, habiéndose abstenido de hacerlo por el temor que les hicieran concebir los sacerdotes de los idolos de ver la muchedumbre desertar de los dioses del imperio para volar á este nuevo culto.

Por tanto los mismos paganos no dudaban de la autenticidad de los milagros de Cristo; no se engañaban sino sobre el origen del poder al que debian atribuirse. Y ¿qué pensar, despues de esto de la incredulidad moderna, que apesar de la certidumbre histórica, afirman que no deben admitirse por ser superiores á las fuerzas de la na-

turaleza? ¡Cuántas aberraciones!.. desde luego, si existieron, eran posibles á Dios, que está por encima de la creacion; y cabalmente este es el fin de los milagros, probar la intervencion divina, por lo mismo que son imposibles al hombre. Luego no hay cuestion de posibilidad: un hecho milagroso, como la resurreccion de Lazaro, se prueba como cualquier otro por medio de las investigaciones racionales é históricas que constatan si el hecho ha existido y ningun medio humano ha podido producirlo. Y bien, cuando se aplican las reglas de la mas severa crítica á los milagros del Evangelio, se llega facilmente á una conviccion plena y entera. El mayor de todos estos milagros es el de la resurreccion de Jesucristo y es al mismo tiempo el mas solidamente establecido y está mas bien comprobado que los hechos históricos de Alejandro y Cesar, de los cuales nadie duda. En efecto, el que osaba predecir su vuelta á la vida, al ir á la muerte, no podia ser mas que un Dios ó el mayor de los insensatos, puesto que comprometia inútilmente su reputacion. Solo un Dios podia anunciar con certeza que triunfaria de la muerte, y hacerse reconocer despues de su resurreccion, por los numerosos discípulos que se hicie-

ron matar para testificar la verdad del hecho; y semejantes testigos no son recusables, si no por una impiedad sistemática.

Es necesario por tanto, creer en la divinidad del Salvador, si verdaderamente ha resucitado, ó sostener que el orden moral ha sido trastornado completamente, si su palabra pudiera ser convenida de impostura. Y no se puede titubear entre ambos términos del dilema; porque podemos admitir que Dios, dignándose socorrer las miserias humanas, ha querido testificar por un prodigio brillante la mision de su Hijo; pero nos rehusamos á creer que un personaje tal como Jesucristo haya concebido el proyecto de regenerar la humanidad por medio de la mentira y la mas impia, haciéndose Dios; y que diez y nueve siglos hayan contemplado agrandarse el éxito del blasfemo que se decia igual al Padre. Esto sería subvertir todas las nociones de lo justo y de lo injusto, de la verdad y del error: el mismo Dios nos habria engañado y el ateo seria el único ser consecuente en sus negaciones. Todas estas proposiciones absurdas se destruyen á si mismas por su contradiccion absoluta, si es que el sentido comun no se ha perdido en aras de la impiedad.

..

Las profecias son tambien grandes milagros, pero acaso mas eficaces, porque no hay mas que constatar el hecho del anuncio ó prediccion y su cumplimiento; y para esto basta compulsar la historia de los profetas y la de los acontecimientos; pues en verdad el Evangelio no es mas que el cumplimiento del Antiguo Testamento.

La doctrina, pues, de las profecias y milagros del Evangelio se reduce á estas palabras: si se niega su posibilidad, se hace uno ateo; si se niega su realizacion, se cae en el excepticismo histórico; y si se las admite sin ser cristiano, se es inconsecuente.

Se encuentran con frecuencia personas que se rendirian, segun dicen, ante la autoridad de un milagro, si fuesen testigos de él. Estos tales están en error ó son de mala fé. ¿Cómo, si su espíritu no estuviese cegado por los prejuicios ó por las pasiones, no verian el milagro, sin cesar presente, de la perpetuidad de la fé, á pesar de los asaltos de todo genero que ha tenido que sostener desde su origen; lo mismo que el no menor de su establecimiento, sin la influencia de los medios naturales, todos en oposicion? Y ¿se piensa acaso que sea mas fácil á Dios convertir un alma que resucitar un

muerto? El mismo Dios, á pesar de su omnipotencia se ve obligado á luchar contra una voluntad perversa para obrar el primer prodigio; pero no tiene mas que hacer ceder las leyes dóciles que él ha establecido para obrar el segundo.

La prueba de que los milagros mas brillantes no bastan para someter una voluntad rebelde, es la de que los Judios, no quisieron creer, aunque el Cristo apareció en medio de ellos con todos los caractéres que la tradicion y las profecias le atribuian. Lo rechazaron porque no estaba rodeado del aparato que hiera los sentidos y porque venia mas bien para condenar que para adular su ciega ambicion.

La vida sencilla y comun del Cristo ofendia á esos espíritus groseros y soberbios que no podian ser ganados sino por la sensualidad.

La humildad del Salvador ocultaba á estos orgullosos las verdaderas grandezas que debian buscar en el Mesias. Cerraron voluntariamente los ojos ante el éxito del Evangelio y ante ese imperio todo celestial que venia á fundar sobre la tierra, estableciendo el culto del verdadero Dios sobre las ruinas de la idolatria y á enseñarnos á adorar á Dios en espíritu y en verdad.

¿Se pretenderá acaso que si los Judios no creyeron, es porque no tuvieron motivos suficientes para creer?

Pero este pueblo tenia entre sus manos los libros en donde están descritos antes de su realizacion en términos con frecuencia tan claros como los de una historia escrita ante los hechos, todas las circunstancias principales que se referian al nacimiento, á la vida y á la muerte de Jesucristo. Los Judios no tenían mas que comparar lo que veían realizarse en su presencia con lo que leían en los libros sagrados, para convencerse. Si no lo han hecho, es porque el poder de la verdad no llega hasta destruir el efecto de una voluntad pervertida. El hombre, bajo el imperio de la misma evidencia, conserva la terrible libertad de rebelarse en sus actos, y esto es lo que hicieron los Judios.

Estos insensatos prefirieron ser el juguete de impostores que aparecian continuamente entre ellos, antes que seguir al verdadero Cristo-Mesías. Ellos sabian sin embargo que los tiempos de su venida habíanse cumplido, ya que la raza de David estaba extinguida y que el cetro había salido de la tribu de Judá; pero nada ha podido curarlos de su error voluntario. Dispersados por la tempestad,

permanecen aislados en medio de los pueblos, sin templo, sin altares, sin sacrificio y sin patria; pero tambien sin extinguirse, llevando la pena de un crimen mas grande que el de la idolatria, el deicidio. La sangre del justo ha caido sobre ellos como lo habian pedido; y no saldrán de este estado sino cuando los tiempos fijados para castigar su ingratitude y domar su orgullo, serán cumplidos.

Así que la tenaz ceguera de los Judios es una prueba siempre viva de la verdad del cristianismo, puesto que esta tenacidad y sus consecuencias han sido predichas, primero por los profetas y despues por Jesucristo en la época de su pasion. La ruina de Jerusalem y la del templo en particular, del cual el Salvador habia anunciado que no quedaria piedra sobre piedra, se cumplieron poco tiempo despues de su muerte con circunstancias tan extraordinarias, que el Emperador Tito con ser pagano no pudo dejar de reconocerlas. Sabidos son tambien los esfuerzos audaces é impotentes que intentó Juliano el Apóstata para levantar de sus ruinas el templo de Salomon, con la esperanza de dar un mentís á la palabra divina.

V

Apesar de todo, la Iglesia triunfaba; en vano el averno suscitaba contra ella todos los furores de la persecucion; en vano los suplicios mas crueles que pueda inventar la imaginacion se desplegaban contra los cristianos. Un ardor perpétuamente renovado conducia al martirio á los generosos defensores de la fé. Mugerres, ancianos y niños se presentaban con una constancia que no podia venir sino del cielo, en medio de los tormentos mas horribles. Con frecuencia los mismos verdugos, vencidos por tanto corage y tocados de la gracia, dejaban caer el hacha de sus manos y pedían que su sangre fuese mezclada con la de sus víctimas. ¿En qué otra parte se encuentra el ejemplo de semejantes derrotas y de tan sublimes triunfos? No, nada igualará jamás en la historia el espectáculo conmovedor y sublime que presenta el magnánimo desprendimiento de los mártires. La Iglesia combatió durante cerca de tres siglos, nó dando la muerte á sus enemigos, sino recibéndola de sus manos bajo todas las formas, con la espada, el fuego, el furor de las bestias y con cuanto ha podido inventar el génio del mal.

¡Qué institucion humana no hubiese sido arruinada con semejante táctica, prolongada por tres siglos! Y sin embargo ella ha sido lo que la ha fundado y consolidado. La sangre de los mártires, como dice enérgicamente Tertuliano, era semilla de cristianos; y adviértase que es ridículo el parangon que ha querido hacerse con los titulados mártires de otras religiones y de otras causas. ¿Qué dulzura mas grande, qué resignacion mas inalterable, junto con la práctica de las mas hermosas virtudes, se han encontrado jamás en las víctimas de otras causas?

¡Cosa inaudita, aunque apoyada por el testimonio mas irrecusable! Jamás los cristianos, privados de todos sus derechos, honores y riquezas, tratados en todas partes como bestias salvajes, dejaron un instante de ser fieles á esos monstruos coronados que se llamaban emperadores romanos! Jamás uno solo se comprometió en las numerosas conspiraciones cuyo objeto fuese el derrocamiento de los gobiernos perseguidores. Asi, mientras que Neron se paseaba en su carro en medio de las fiestas nocturnas, á la luz de los cuerpos de los mártires encendidos con pez como antorchas vivas, estos hombres

obedientes hasta la muerte, respetaban en él el terrible depositario del poder de Dios, del mismo modo que respetaron mas tarde este mismo poder en Constantino, cuando hizo sentar á su lado en el trono de los emperadores la religion de esos mártires.

Y nótese bien que la persecucion no hizo progresar sino al cristianismo verdadero, al que se distingue con el nombre hermoso de católico, *universal*; mientras que las sectas que salian de él han sido ahogadas en su gérmen, en tanto no fueron *materialmente* fuertes para obtener la victoria. Las religiones falsas han tendido siempre á dar muerte á sus enemigos. La Iglesia católica es la única que ha enviado sus defensores á la muerte y ha triunfado por los suplicios.

Creo de buen grado, decia Pascal, en esas historias cuyos testigos se dejan degollar. En efecto, no está en la naturaleza del hombre renunciar voluntariamente á la vida, sin ser llevado á ello por muy poderosos motivos. Cuando se exigia á los primeros cristianos abandonar su fé, se contentaban con responder: Dios quierē ser obedecido antes que los hombres; vosotros podeis hacernos morir; pero hasta el último alien-

to de vida anunciaremos lo que hemos visto y oído; y como lo decían, obraban. Los que venían en pos de ellos han rendido el mismo testimonio sobre la fé de los que la habían sellado con su sangre. Las diversas generaciones de mártires han perpetuado así hasta nosotros la cadena de esos testigos de los hechos sobre los cuales descansa la Religión.

Sabemos que puede hacerse alarde de arrostrar la muerte por orgullo ó por tenacidad en favor de *opiniones* erróneas, pero no se arrostra jamás en defensa de *hechos*, que se saben ser falsos. No se diga, pues, que el fanatismo ha sido la causa y el principio de la conducta y del valor de los mártires; porque ¿cuál es el fanatismo que se extiende á todas las condiciones, á todos los sexos, á todas las edades, que llena todos los tiempos y todos los lugares?

..

El destino de la Iglesia en este mundo es el de combatir sin cesar; pero según la promesa del Cristo, siempre triunfará. Después de salir del bautismo de sangre durante tres siglos por la persecución violenta de los emperadores, comenzó para ella otro género de per-

secución no menos violenta. Sofistas audaces, nacidos de su propio seno atacaron sucesivamente todos los dogmas con furor inaudito. Cada verdad revelada fué la ocasión de una heregia particular, como para que todos los dogmas fuesen confirmados sucesivamente, multiplicándose las pruebas con las objeciones.

La Iglesia, que se había mostrado invencible contra los ataques exteriores no lo fué menos contra las divisiones intestinas. En medio de todas las disidencias causadas por las heregias, la Iglesia verdadera conservaba un carácter de grandor y de autoridad, que no se veía en las otras. Las heregias por más que hicieron, no podían deshacerse del nombre de sus autores. Para la grande Iglesia católica no era posible darle otro nombre que el que llevaba; ni remontar á sus primeros pastores sin nombrar los apóstoles. Los mismos paganos no se engañaban en esto, y Celso que reprochaba á los cristianos el no poder entenderse, sabía siempre distinguir lo que él llamaba la gran Iglesia, como la única que estaba en comunión con el Papa de Roma. Era á ella especialmente que los emperadores perseguían; porque muy pocos hereges tuvieron que

sufrir por la fé; la persecucion los perdonaba generalmente, como sucede hoy dia con los disidentes y hereges modernos.

En este prolongado combate del error contra la verdad, apenas interrumpido por algunas tréguas de cansancio, la filosofía pagana no estuvo inactiva; pero antes de trabarse cuerpo á cuerpo con el cristianismo, tenia que destruir por su parte, las antiguas creencias que cubria con el ridiculo. El epicureismo zarpaba las ideas antiguas en las clases superiores de la sociedad, mientras el cristianismo las minaba por su base en las inferiores; pero cuando el epicureismo y el cristianismo llegaron á encontrarse frente á frente y se trató de decidir á cual pertenecería el imperio de la opinion, la lucha no quedó indecisa por mucho tiempo. El epicureismo, como el gigante de la fábula, sacaba de la tierra todas sus fuerzas; el cristianismo arrancó de la tierra á su enemigo vencido y lo ahogó en sus brazos. Hecho esto, voló á otros combates y á nuevos triunfos.

La escuela de Alejandria florecia entonces, y parecia que Platon habia reaparecido en la persona de Plotino. El eclecticismo que alli se profesaba no dejaba de tener una profunda originalidad,

caracterizada sobre todo por un panteísmo místico, que el pensamiento griego habia ignorado. Bajo Porfirio y Jámblico esta escuela se convirtió en una especie de iglesia que trató de disputar el imperio del mundo á la Iglesia cristiana. Durante tres siglos no cesó de combatir y no sucumbió por fin, sino arrastrando consigo la antigua civilizacion, de la cual era el último baluarte. Hubo un momento en que creyó vencer subiéndolo al trono con Juliano el Apóstata; pero Juliano, despues de haber librado el último combate, con una táctica sagaz é hipócrita, que pudo servir de modelo al mismo Voltaire, se confesó vencido en el momento de morir: «¡Venciste, Galileo!». La escuela de Alejandria pereció con él, como potencia política y religiosa, y renació bajo Proclo como escuela de pura filosofía.

El cristianismo, al contrario, nada perdió, al perder los mas firmes apoyos que tenia en el poder; y durante el prolongado periodo de la edad media, si las luchas que tuvo que sostener para suavizar la barbarie de los pueblos convertidos, fueron menos serias que al principio, pudo extender á lo lejos el reino pacífico de sus ideas, y prepararse en el silencio y el recogimiento para

engendrar los tiempos modernos. Así, cuando llegó á resplandecer el gran día del renacimiento, el cristianismo se encontraba preparado con todos los tesoros de la antigüedad que habia protegido contra los bárbaros: ella sola salvó la civilización en esa prolongada contienda del paganismo corrompido y la barbarie invasora.

Pero con ese día aparecieron nuevos enemigos; la Reforma protestante, obra de política y de violencia con el pretexto de corregir grandes abusos, reabrió en el siglo XV la lucha que estuvo amortiguada en la edad media.

Comprendió la Reforma que siendo la autoridad la base de todos los dogmas, era esta la que debía atacar ante todo. Mas audaz y mas fuerte que todas las sectas que le habian precedido porque pudo servirse de la imprenta, intentó destronar la supremacía del Gefe de la Iglesia, el orden episcopal, el culto, los misterios, los sacramentos, casi todo en una palabra. Rota la unidad católica, en vez de la reforma, se produjo la anarquía y el escándalo, con una muchedumbre de sectas diversas: luteranos, calvinistas, socinianos, deístas y ateos, de acuerdo todos para destruir, marcaron con su sucesión las fases di-

versas de una misma doctrina disolvente.

Al principio se trataba solamente por la Reforma de separar del cristianismo lo que ella decia introducido por el hombre, dejando subsistir lo que era de Dios, siguiendo el testimonio de la razón. Mas tarde sus sectarios llegaron hasta poner en duda las verdades mas evidentes; hasta negar el libre albedrío, la existencia del alma y la de un Ser supremo. El ateísmo, decia Leibnitz, será el término de estas heregías. Mas allá comienza la indiferencia acerca de todo aun sobre el error especulativo, sin que la idea de un Dios creador ó de un alma inmortal se levante en el horizonte de su inteligencia. La impiedad, cuando llega á este último término ya no tiene para la verdad sino un soberano desprecio: *impius quum in profundum venerit, contemnit.*

Esta incredulidad reinó con el nombre de filosofismo, y es sabido el soberano desprecio con que en su insensatez consideró y persiguió al cristianismo.

Pero un sistema tan deplorable no podría subsistir por mucho tiempo sin conducir la sociedad á la degradación y al abismo. Así que débese aplaudir la reacción que se produjo en las inteligen-

cias y la tendencia hácia ideales mas elevados. La impiedad sistemática de Voltaire y de Diderot no está ya de moda; la filosofía de los primeros enciclopedistas está en desuso. Despues de haber proclamado el ateísmo, borrado de una plumada la inmortalidad del alma, confundido el vicio con la virtud, deificado el amor del oro y de los goces materiales, no le quedaba mas que morir, y es lo que ha hecho. Esto no es, sin duda alguna; mas que una vuelta tímida hácia el órden, puesto que el racionalismo con su libre-pensamiento está muy lejos del cristianismo; pero al fin es una reaccion incipiente, que las exigencias del verdadero progreso acelerarán.

El gran mal de la época es la duda que se aplica á todo para minarlo todo y llegar á la destruccion completa: de la anarquía intelectual no hay mas que un paso á la social, y ya nos encontramos en este período pavoroso, que será la justa expiacion de la apostasia oficial de las naciones: pero que el exceso del mal volverá á hacernos entrar en el órden, recurriendo al cristianismo, que es el salvador de la humanidad en todas las épocas.

Por lo demás la filosofía racionalista no ha sido siempre tan temeraria; pues

ya no titubean sus mas ilustres representantes en inclinarse ante la grandeza personal del Cristo y ante el recuerdo de los beneficios del cristianismo; aunque por una inconsecuencia sistemática suprime por completo el elemento divino, sin considerar que entonces el cristianismo seria inexplicable en sí mismo y en su establecimiento y triunfos, segun hemos indicado antes. Mas aún, no niega la legitimidad de su reinado en el pasado, pero declara que el porvenir no le pertenece, pues no han faltado profetas ridículos de esa escuela que declararan á la faz del mundo que estaba próximo á morir, y se habló sériamente de hacerle los funerales de Aquiles. ¡Insensatos, que parodian la maligna profecía de que ya en su tiempo se burlaba S. Agustin! Lo que vemos es que la sociedad se hunde sino apela á los principios regeneradores y salvadores del cristianismo.

En todas las épocas se ha pretendido forzar el cristianismo á que abdicase el poder que ejerce sobre las inteligencias, indicándoselo asi con el sofisma ó con la espada en la mano. Pero siempre ha resistido triunfante, porque su mision viene de Dios y hasta el fin de los siglos

las enseñanzas del cristianismo serán necesarias á la humanidad. Y además ¿por qué habia de abdicar? Mientras no haya agotado sus beneficios, no dejará de prestar sus servicios.

Se le disputa en vano su legitimidad, porque la prolongada historia de sus luchas bastaria élla sola para confirmarla, como quiera que en el mundo no hay autoridad usurpada, que pudiese durar diez y nueve siglos, si fuese á cada instante combatida y sin fuerza material para defenderse. Predecir la caída próxima del cristianismo es no comprender el principio de su poder, y también desconocer el corazón humano, al que está admirablemente adaptado. Se puede predecir para época fija la muerte de las religiones materialistas; pero la nuestra es la religión espiritualista por excelencia, y por tanto imperecedera como el alma inmortal.

El cristianismo es la religión mas adaptada á la grandeza del alma; pero ¿quéreis saber el secreto de todas las repugnancias que inspira? Está en el orgullo que no quiere aceptar un maestro superior, y en la voluptuosidad que no quiere admitir un freno; si la religión fuese un problema meramente especulativo no ofrecería resistencia alguna.

Y esto sucedió desde el principio: cuando S. Pablo pasando por Atenas, se puso á predicar en la plaza pública, se le escuchó desde luego con mucha atención y se admiraba su elocuencia; pero cuando dejando los grandes principios de filosofía, descendió á declarar que era necesario corregirse y hacer penitencia, porque Dios habia de juzgar á los hombres segun sus obras, la asamblea se dispersó exclamando que otro dia le oirian sobre aquel asunto. Todos nos semejamos mas ó menos á los Atenienses; la religión subleva nuestra razón porque exige el acatamiento de la fe divina, y contraría nuestras pasiones, porque enseña una moral severa.

VI

En cuanto á los misterios, todo se reduce á esta sola cuestión: ¿ha enseñado Dios verdades de un orden sobrenatural? Si se sale convencido de este examen, la misma razón nos dice que debemos inclinarnos ante la revelación divina por mas que contenga verdades incomprendibles. Querer discutir la verdad de la palabra divina sería demasiado absurdo; y pretender rechazar esa palabra

porque contiene misterios sería una manera muy mala de razonar.

Seres limitados como somos, ¿no queremos misterios? Pero el misterio nos rodea por doquiera; está en nosotros y á nuestro alrededor; un grano de arena nos detiene como un sol: la naturaleza entera es impenetrable, y la ciencia lejos de verse libre de las misteriosas oscuridades, no hace muchas veces mas que acrecentarlas con sus interpretaciones; pudiendo afirmarse literalmente el dicho del sabio: cuanto mas profundizamos, menos conocemos la naturaleza de las cosas.

El hombre ignora no solo lo que le rodea, sino que se ignora á sí mismo, y es á sus propios ojos el mas grande de todos los misterios. No puede elevar siquiera un dedo sin encontrarse con el misterio de la relacion que existe entre el acto de su voluntad y el movimiento que es su consecuencia. Todo turba, todo confunde su razon, y pasa la vida entre el nacimiento y la muerte, dos misterios insondables, como todos los demas, si la religion no cuidase de enseñarle de donde viene y á donde vá.

Puesto que el misterio es el sello que Dios imprime en todas sus obras, es necesario concluir que una religion que

careciese de misterios sería falsa por esta misma razon, ó mejor dicho, no sería una religion.

¿Qué es una religion en efecto, sino la expresion de las relaciones que ligan un ser inferior por su naturaleza y sus perfecciones, á un ser superior á él bajo ambos aspectos? Supongamos que el primero penetre la naturaleza del segundo por medio de una intuicion clara y distinta; entonces se habrá elevado el hombre hasta Dios, lo habreis hecho un Dios y hecho imposible toda religion; pues ¿qué deber tendría el hombre que cumplir para con un Dios al cual sería igual en saber y en poder? Los misterios son la ciencia del infinito: asi cuando la filosofia no ve ya misterios, se pone en contradiccion manifiesta con la misma naturaleza del hombre, ser finito y limitado, cuya condicion necesaria es y encontrarse con lo desconocido donde quiera que profundice las cuestiones.

Lamentarse, pues, de que existan misterios es admirarse de que el hombre no sea Dios. El hombre limitado en su conocimiento puede con la ayuda de su razon recorrer en todos sentidos el estrecho dominio entregado á sus investigaciones y á las disputas de la ciencia; pero solamente remontándose en álas de la fé po-

drá traspasar los abismos que lo detienen para llegar al origen de las verdades mas elevadas. La fé en los misterios es la palanca cuya potencia alijera el peso que supera á nuestra debilidad: es el telescopio de la razon; los misterios, pues, tienen por lo menos esta ventaja, que nos dejan entrever, al través de un velo, los secretos del órden divino, que sin ellos permaneceria desconocido para nosotros.

Las mismas verdades que nos demostramos tan claramente, como la existencia del Ser supremo ó la inmortalidad del alma, no quedarian suficientemente atestiguadas por las maravillas de la naturaleza y los esfuerzos del razonamiento, si los dogmas revelados no sirviesen para confirmarlos. El mas grande de los filósofos de la antigüedad, Platon, sostenia ser difícil probar la existencia del Autor del universo y la inmortalidad del alma, y mas difícil aun para el pueblo; de manera que tanto él como Sócrates declaraban que sin la enseñanza del mismo Dios no sabriamos como atravesar el oceano de esta vida. Los espíritus estaban entonces reducidos á vagar entre conjeturas sin número acerca de la naturaleza divina y los problemas mas fundamen-

tales de la vida moral y religiosa; mientras que en nuestros dias el último de los católicos los conoce mas á fondo y habla de ellos mas dignamente que los discípulos de Sócrates y de Platon.

Y ¡cuanto no ha levantado el nivel moral la sancion divina de los dogmas revelados! Porque en efecto, entre la moral y los dogmas existen relaciones mas estrechas de lo que se piensa. El deista puede muy bien conformar su conducta á la ley natural y seguir fielmente los preceptos de una filosofia racional; pero esta ley será siempre interpretada á gusto de los caprichos del espíritu y esta moral será siempre modificada de acuerdo con las debilidades del corazon: carecerá de garantia y firmeza, porque entonces todo depende de la razon del hombre, de las propias ilusiones y de la parcialidad personal.

La religion cristiana, al contrario, ha colocado la sancion de su moral lo mas alto posible, en la revelacion divina, con la magnífica promesa que hace al hombre de bien de una eternidad feliz, y la amenaza de eternos castigos al hombre culpable.

Y semejante sancion vale mas que las prisiones y multas para incitar á la virtud y apartar del crimen. Además el

código penal no reprime sino las faltas públicas; pero todo lo que pasa en la conciencia, todo lo que escapa á la culpabilidad legal, ¿cómo llevar hasta allí la sancion si no se procura que los hombres crean en las verdades de un Dios renumerador y de la vida futura? Ah! sin esta creencia se hace insoportable la vida y carecen de sancion las leyes! Asi se observa que un cristiano fiel marcha con paso mas firme en el cumplimiento de sus deberes que el simple filósofo: para él, el precepto descende del cielo y conserva á sus ojos una autoridad visible y permanente. Cuando la religion le manda amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á si mismo ¿cómo no obedecer á un precepto fundado en el sacrificio del Calvario? Y cuando le enseña que su alma está hecha á imágen de su Dios, ¿con qué cuidado no deberá conservar intacto este sello divino y vigilar por la pureza del vaso frágil que la contiene?

Lo que distingue la moral del Evangelio de todas las demas, consiste en que humilla sin cesar al hombre segun la carne, al mismo tiempo que lo eleva segun el espíritu. Era necesario que una religion casta, severa, únicamente adherida á los bienes superiores é inmorta-

les, viniese á arrancar el corazon del imperio de la corrupcion, para hacerle capaz de amar el bien y la verdad eternas. El hombre, una vez purificado por el amor de los sufrimientos, se ha esforzado en cuanto de él dependia, en hacerse semejante á su Dios; y como Dios nos ha amado con un amor infinito, la caridad ha venido á quedar establecida como fin de la religion y como compendio de la ley. El cristianismo nos ha enseñado á amar un Dios tan bueno que nos lleva hasta el propio sacrificio, á someternos á sus mandatos hasta hacernos gozar en nuestras penalidades, á querer á nuestro prójimo hasta hacer el bien á nuestros enemigos.

Por el cristianismo, la humildad ha sido sustituida al orgullo, que se leia en todos los libros de los filósofos, y la paciente misericordia en vez de la voluptuosidad, que reinaba en todos los corazones; el matrimonio ha sido restablecido á su dignidad y forma primitiva y no ha admitido participacion en el amor de los esposos; los superiores han llegado á ser los servidores de los que le están sometidos, y los inferiores han debido respetar la órden del mismo Dios en el ejercicio de la autoridad de que los poderes legítimos están investidos.

A estos preceptos venian á juntarse los consejos de una perfeccion celestial: esos votos sublimes de abnegacion, de castidad y de obediencia por una renuncia y sacrificio completo en la consagracion por Dios y en Dios á procurar la perfeccion en la vida cristiana, imitando la vida de los ángeles. Tal ha sido y es el ideal de la moral por medio de la que el cristianismo reformaba no solamente las costumbres y consolaba el sufrimiento, sino que hacia nacer un órden completamente nuevo en el mundo del pensamiento y en el de los hechos. Bajo su heróica y feliz influencia, la esclavitud dejó de ser de derecho comun; la mujer recuperaba su dignidad y su puesto en el hogar, en la vida civil y social; la poligamia legal, la exposicion de los niños, la muerte en los juegos públicos y en la familia se iban estirpando sucesivamente de los códigos y de las costumbres, para dar lugar á una civilizacion mas dulce y mas razonable.

Asi el cristianismo penetraba á la vez todos los entendimientos, todos los usos, todas las costumbres y todas las leyes.

Esta sola palabra: «Vosotros sois todos hermanos,» al pasar un nivel sobre las cabezas mas humildes y las mas soberbias, era el reconocimiento de la

igualdad de los hombres ante Dios, la única en el fondo, que nos interesa profundamente. Del principio que ella establecia debia salir tarde ó temprano la igualdad social; mientras que por otra parte, las controversias religiosas y la necesidad de defenderse contra los ataques del paganismo y de la heregia, fundaba la libertad de la palabra escrita y preparaba el camino á las instituciones modernas. Asi el Evangelio desde su aparicion, contenia el gérmen de un verdadero régimen constitucional, con todas las grandes instituciones, que son su consecuencia; aunque no fué proclamado desde el principio por que el orgullo humano y la prolongada tradicion del despotismo político social, lo hubiese ahogado; pero que pudo producirse mas tarde cuando el espíritu del cristianismo habia dispuesto el espíritu de las naciones para recibirlo.

Ahora bien; ante todos estos caracteres, que no hemos hecho mas que apuntar, si no se ha tenido toda la imparcialidad para reconocer en el cristianismo una religion divinamente revelada, será necesario por lo menos ver, una religion filosófica admirable que, despues de haber cubierto el mundo con sus instituciones, ha sido el modelo y el molde

del que ha salido la sociedad moderna toda entera en todo lo que tiene de bueno y aceptable.

Peró estos resultados considerados racionalmente no parecerán menos extraordinarios, que bajo el punto de vista teológico; pues al procurar excluir el prodigio, se le encontrará necesariamente. Un efecto desproporcionado y superior á su causa visible es legitimamente considerado como sobrenatural y divino. Cuando se comparan en efecto, los resultados que el cristianismo ha obtenido con los medios mas débiles y hasta teniendo en contra todos los elementos é influencias humanas, que se conjuraron para destruirlo, no puede uno dejar de admirarse y despues rendirse á la evidencia de la intervencion divina en el establecimiento del cristianismo.

Por lo demas, bien se comprende que la humanidad tiene necesidad de una religion revelada, de una fé hecha. Pues ¿acaso se crée que el pueblo, curvado ante el surco que riega con sus sudores, puede satisfacerse y consolarse con ideas generales, ó que es capaz de grandes racionios? Nô; es necesario no abandonarlo proponiéndole cada dia ya preparado el pan de la vida espiritual.

Bossuet ha dicho admirablemente:

«Nosotros tenemos necesidad en medio de nuestros errores, no de una filosofia que disputa, sino de un Dios que nos enseñe y determine á obrar. En la investigacion de la verdad, la via del razonamiento es demasiado lenta y peligrosa: lo que es necesario buscar está demasiado lejos, y lo que se debe probar queda siempre indeciso para las inteligencias; mientras se trata de todo para nosotros, del presente y del porvenir.

«Es por tanto, necesaria una fé hecha. El cristiano solo la tiene y la puede tener; nada tiene que buscar, puesto que lo encuentra todo; nada que probar, puesto que Dios se lo ha revelado todo; admite lo que comprende, y lo que no comprende tambien, puesto que tiene que ser verdadero desde que la verdad misma se lo ha enseñado.» En resumen ¿qué mejor garantía para la vida moral y religiosa que la autoridad de la fé divina por la revelacion? ¿Podria acaso ser substituida por la filosofia y la razon individual que anda al viento de toda doctrina? Ah! el mundo civilizado todo lo debe al cristianismo, precisamente porque sus verdades son dogmas y sus principios eternos.

VII

Pero ¿es acaso por este acatamiento á la fé revelada que el cristianismo ha sido con tanta frecuencia calumniado por la hipocresia, presentándolo como enemigo de las luces y perseguidor de la razon? Se admira uno de semejante afirmacion al leer la historia; cuando se sabe muy bien que el crimen ó el error de los que han querido cubrirse con su gloria, es completamente contrario al espíritu de amor y de tolerancia que brilla en cada página de su código divino. ¿Se admitiría la acusacion que se hiciese á la filosofía ó á la libertad por los excesos que monstruos con la imágen del hombre han cometido en su nombre en todas las épocas? Ni se mente la Inquisicion, sin avergonzarse por la guillotina y la época del terror.

Asi como la filosofía que es incrédula y la libertad que es licencia, nada tienen de comun con la verdadera filosofía y la verdadera libertad; del mismo modo el cristianismo se separa de todo lo que no puede confesar la santidad de su doctrina. Además, por algunos grandes culpables que han osado llamarse sus defensores, y de quienes él mismo ha rehusa-

do su auxilio con indignacion ¿cuántos nombres puros y gloriosos no puede invocar en apoyo de su causa? Mirad que magnífico cortejo, desde tres siglos solamente sin remontarnos mas allá, forman los hombres que han sido el principal ornamento de la humanidad: Bacon, Kepler, Copérnico, Galileo, Newton, Leibnitz, Descartes, Pascal, Bossuet, Fenelon, Balmes, Moigno, Secchi y tantos otros. Si estos hombres, cuyo genio era indiscutible, han podido creer con candor y sinceridad; si han consagrado todos los esfuerzos de su poderosa razon en defensa de la religion que amaban ¿cómo la lista de su incomparable sufragio no ha detenido la mano de los que han osado escribir que el cristianismo se habia enganchado por detras del carro de la razon para hacerla retrogradar? En ese movimiento que empuja el hombre hácia el progreso, el cristianismo, al contrario, ha esparcido su luz y actividad sobre todos los trabajos de la ciencia y del arte, como ha inspirado por su espíritu de caridad todas las instituciones de beneficencia y asociádose por sus simpatias á todos los movimientos generosos del corazon. Sí; á medida que el espíritu humano ha progresado, él ha marchado á su lado, y

á medida que la sociedad se ha desarrollado, él se ha adaptado á sus necesidades; no como quiera, sino dándole el mas grande impulso, y velando como un divino mentor para apartarla de sus extravios, ocasion á las veces de quejas injustas. El recogió asilándolas en sus monasterios las artes que huian ante la invasión de los bárbaros; él conservaba y explicaba los manuscritos, depositarios de la ciencia antigua, multiplicaba sus ejemplares por medio de los monjes copistas para suplir la imprenta; cubria el suelo de Europa con sus maravillosas catedrales, cuya arquitectura simbólica parece subir al cielo con la plegaria; fundaba las universidades; desmontaba y cultivaba, de norte á sur la Europa feudal, y multiplicaba con la agricultura la poblacion de las campiñas. Mas tarde cuando las bellas artes consoladas vinieron á desplegar sus mágicos prestigios, fué él tambien quien inspiró á los grandes artistas é hizo florecer en todas partes esa inmensidad de obras maestras en todos los géneros, que arrebatarán perpetuamente nuestra admiracion.

Sin embargo, por mas seductor que sea este aspecto de la cuestion, nos apresuramos á declarar que una creencia reli-

giosa no tiene necesidad precisamente de ser poética para ser verdadera, ni para ser buena. El verdadero génio del cristianismo no consiste en exaltar la imaginacion de los artistas y de los poetas, sino en hacer perfectos á los hombres, enseñándoles las grandes verdades morales y las sublimes virtudes que constituyen la felicidad en esta vida y en la vida futura. Hay en efecto, algo mas grande en este mundo que hacer hablar la lira y animar una tela; es enseñar á hacer el bien y evitar el mal, practicar la virtud y huir del vicio; abatir el orgullo en su espíritu y exaltar la sublime y querida humildad; apagar en su corazon el fuego de la concupiscencia y encender el de la caridad; hacer al hombre moral y virtuoso; hé aquí lo que distingue á la religion cristiana de todas las demas; porque en esta mision sublime nadie la ha igualado y mucho menos superado; jamás podrá negarse que es la mas grande escuela de moralidad para la sociedad humana; y la moralidad es la base de todas las grandezas y la condicion indispensable de las instituciones que se fundan en la libertad, la igualdad y la fraternidad, principios mas bien morales y cristianos, que políticos.

Mas, ¿quiere conocerse otra de sus

glorias? Solo el cristianismo se preocupa de colocar sobre todos los caminos de la desgracia centinelas vigilantes para espiarla y socorrerla. No podrá señalarse una enfermedad del cuerpo ó del alma que no haya intentado curar ó aliviar. Así, mientras los miembros de una institución religiosa van á buscar el infortunio en sus guaridas mas recónditas y otros reciben con la sonrisa de la esperanza las víctimas sacrificadas al vicio, la Hija de la caridad dedica su corazón y su vida al alivio de todas las miserias, mitiga el dolor con el bálsamo divino del amor y dá una madre al niño que el crimen ha privado de su verdadera madre; así como otros religiosos animados de su santo celo en esta carrera de sacrificios, corre á encerrarse en los lugares infectos, vela al lado del lecho de los apestados y se expone mil veces á la muerte para consolar al moribundo.

Pero hé aquí un espectáculo mas grande y mas sublime aún, si es posible: hombres criados en el seno de la civilización y en las comodidades, renuncian á todas las dulzuras de la patria y de la familia para volar á las extremidades de la tierra y conquistar almas para Jesucristo y pueblos para la civilización. Con un cayado en la mano y el

breviario bajo el brazo, estos conquistadores de nuevo género, se aventuran, guiados por Dios solamente, al través de las soledades y desiertos del mundo.

Entre estos apóstoles de la caridad, hay quienes han penetrado mas lejos que todos los navegantes, que ni los hielos de la zona glacial ni los ardores de la tórrida han podido detener en los esfuerzos de su celo; que no han retrocedido ó temblado ante el escalpelo desollador de los Indios, ni ante la hoguera de los antropófagos.

Todas las regiones han conservado el rastro de su sangre y todos los ecos han repetido el sonido de su voz, *in omnem terram exivit sonus eorum*; y desde las lejanas comarcas donde les ha sido posible reunir bajo su dirección algunas hordas errantes, no han contestado á sus detractores, sino haciendo desarrollar las maravillas de una civilización digna del cielo.

Para persuadirnos mas de la benéfica influencia del cristianismo, supóngase que la religion que ha engendrado tantas grandes cosas, desaparezca de en medio de los hombres repentinamente ¿sabeis lo que sería de la sociedad? Un momento el cristianismo estuvo en peligro en el seno de Europa, é inmediatamente fué

invadida por el caos social; una igualdad mentirosa fué sustituida á la del Evangelio; el crimen y la virtud fueron confundidos, y una divinidad mas infame que todas las del paganismo, fué á sentarse sobre los altares del Cristo profanados.

Supóngase al contrario, que las otras religiones van á perderse en el abismo ¿quién se apesadumbrará por ello? ¿Qué perderia la humanidad, por ejemplo, con la caida del islamismo ó del culto de Brahma? Nadamas que el dogma embrutecedor del fatalismo, el tiránico abuso de la fuerza, las costumbres afeminadas del harem, el reinado envilecedor de las castas y la opresion de la inteligencia. Pero el vacio que dejaría el cristianismo al retirarse, seria la vuelta á la barbarie, como sucediera á los pueblos del Africa y del Asia, un dia florecientes bajo el imperio del cristianismo.

Mas en lugar de tan triste hipótesis, contraria á los destinos de la humanidad bajo la égida del cristianismo, volvamos la consideracion hacia la nueva unidad que hombres de genio han saludado en lontananza con sublime transporte, y que tan hermosamente ha delineado el genio poderoso de Leon XIII en su magnífica y triunfal Encicli-

ca *Proœlara* dirigida á los príncipes y á los pueblos. Todo semeja en efecto, prepararse para grandes cosas y extraordinarios acontecimientos; cuya realizacion contemplará sin duda el próximo séptimo milenario; aunque no sin experimentar antes los estertores de todo fin de época, que asustan á los pusilánimes y pesimistas, creyendo que el munda se acaba, cuando solo está próxima una nueva transformacion.

Marchamos hácia esos tiempos predichos por los apóstoles, en que los pueblos, despues de haber reconocido la unidad del Dios verdadero, confesarán la divinidad de Jesucristo, entrando por tanto en plena posesion de los ideales del cristianismo.

En adelante todo sucederá con un movimiento acelerado, gracias á los descubrimientos de las ciencias y á los prodigios del arte y de la industria. Hace apenas cuatro siglos que la mitad de la creacion era desconocida á la otra mitad; y he aqui que ya las dos Américas, casi todo el continente del Africa, la Nueva Holanda, la Australia y los Archipiélagos esparcidos sobre la inmensidad de los mares se han puesto en relacion con el mundo civilizado. Dentro de muy poco las regiones mas lejanas establecerán entre sí

y con el mundo civilizado las mas rápidas comunicaciones, y entonces los dos mas grandes descubrimientos de los tiempos modernos; el vapor y el telégrafo, colocando alas al pensamiento, hecho ya inmortal por la imprenta, transportarán la verdad cristiana con inaudita rapidez hasta las extremidades de la tierra. Hé aqui porque Leon XIII, el pontífice del porvenir, alienta con todos sus esfuerzos la obra magna de la propagación de la fé y la cuestion social.

Ni deben arredrarnos los inmensos obstáculos que se deberán vencer. La Providencia hace servir todo á sus fines; el mismo mal, ayuda con el tiempo al triunfo del bien. Asi el protestantismo, que amenazaba invadirlo todo, no ha hecho mas que llevar á su campo todo lo que afeaba el santuario; sus vastos y profundos trabajos le han dado efecto contraproducente, consolidando el dogma que se esforzó en quebrantar. La revolucion francesa en lo que tenia de impia ha pasado sobre la Europa como una tempestad devastadora y despues de los últimos estampidos de su furor, se ha encontrado el horizonte mas despejado y el suelo mas fecundo por nuevos elementos de experiencia y sacrificio. Mientras instituciones envejecidas han

sido arrastradas por la tormenta, es permitido entrever la meta hacia la cual avanza magestuosamente la nave secular de la religion, insumergible en las borrascas y tempestades de este mundo: ella ha vogado siempre mientras todo se sumergia á su alrededor, porque tiene un timonero divino. Y hoy dia se siente que sopla en sus velas un viento de porvenir que la empuja hacia las regiones dichosas de otra tierra prometida.

Mas allá, en la extremidad del horizonte, resplandecen ya los rayos precursores de un sol mas puro. La critica histórica y las ciencias modernas que parecian iban á dar el mas solemne golpe á los dogmas, no ha hecho mas que despejar el horizonte religioso con una nueva é improvisada apologia del cristianismo. Todo nos presagia pues, el reinado de una nueva Astrea, que fundará su imperio sobre la verdad universalmente reconocida.

Hablemos sin metáforas. ¿No es facil ver que las Iglesias disidentes se acercan á la gran Iglesia por una atraccion involuntaria, y gravitan todas hácia la unidad de donde se apartaron? Diganlo sino, las felices conquistas del gran Papa que hoy rige los destinos de la Iglesia, asi como la iluminada política

con que ha sabido levantar la Santa Sede á la altura de la mas grande potencia moral que existe sobre la tierra.

Ese gran Pontifice ha aparecido en su hora, llamando á la conciliacion á todos los espíritus distinguidos para la consecucion de la obra comun del engrandecimiento de la humanidad, á la que tan eficazmente contribuyen las doctrinas del cristianismo, y precisamente en el momento histórico del peligro supremo para la civilizacion, como lo es el período de transicion porque atraviesa la sociedad moderna.

Y cuando el Gefe del catolicismo, interviene con una sabiduría extraordinaria y con un corazon magnánimo para dominar con su espíritu conciliador las prevenciones y prejuicios, y presenta con la noble bondad de su alma y segun el ideal del Evangelio, el cuadro de la conciliacion de las mas nobles aspiraciones humanas en Encíclicas monumentales; entonces la humanidad entera cuenta con un campeon de valor supremo por su influencia universal é indisputable para cimentar la mas grande obra del progreso humano, la cordialidad franca y garantida por la mayor potencia moral en pro de todas las fuerzas vitales que siguen su camino hácia el ideal del por-

venir de la humanidad por el cristianismo; siempre antiguo en sus principios, pero siempre nuevo en sus aplicaciones y adaptaciones al momento histórico porque atraviesa la sociedad.

Nosotros hemos querido y debido seguir sus huellas, como lo hemos manifestado en distintos documentos y ocasiones solemnes para la patria y la religion; pero tambien hemos advertido que la Iglesia no ha pactado jamás con el sacrificio de esas doctrinas salvadoras que han constituido el triunfo y el honor de la civilizacion. El órden sobrenatural no destruye el órden natural, que es el campo de la ciencia y de la actividad humana. La fé no suprime ni la razon, ni la ciencia, porque pertenecen á esferas distintas, aunque armónicas. En el terreno neutral de la ciencia todos podemos cooperar al progreso de las las instituciones que se proponen cultivarla sériamente, ya que jamas encontrarán trabas para la inteligencia en los dogmas de la fé; porque si los misterios están *sobre* la razon, no son *contrarios* á ella, como declaraba el filósofo Leibnitz, que tenia fé y sabia lo que es ciencia.

Por lo demás, seria ridícula pretension que los talentos vulgares encontra-

sen trabas en la fé cuando no las encontraron talentos como el de Bossuet, Mallebranche, Descartes y el genio universal de un Leibnitz.

Y aprovechamos esta ocasion para confirmar nuestra actitud leal respecto del Ateneo de Montevideo. ¿Es una institucion *racionalista*, como se la ha considerado siempre por actos públicos de hostilidad al catolicismo? Entonces, pretender la cooparticipacion de los católicos, es algo inaudito y hasta indecoroso.

¿Se afirma ahora que en su renacimiento y madurez asume el carácter de institucion neutral? Semejante actitud mereceria el aplauso de todos los espíritus levantados y conciliadores, que se proponen aunar todas las fuerzas vivas en pro del engrandecimiento de la patria; mas entonces seria una consagracion de la lealtad de tan nobles propósitos consignarlo asi en sus Estatutos, declarando que le está prohibido ocuparse de religion.

Convertido de este modo el Ateneo de Montevideo en institucion puramente cientifica y literaria; seria verdadero campo neutral para las ciencias y las letras; y ya dejamos demostrado que el catecismo acepta con aplauso semejantes instituciones; pues ha conquistado

un lauro inmortal precisamente por haber fomentado el desarrollo y progreso de las ciencias y de las letras, aún en la época en que tuvo que luchar sola y sin auxilio de nadie, contra la barbarie primero, y contra el oscurantismo de los siglos de hierro despues; y con tal éxito, que cùpole el honor de haber preparado el renacimiento con sus solos esfuerzos.

VIII

Vamos á terminar esta idea general del cristianismo con algunas reflexiones sobre el Pontificado en los momentos solemnes porque atraviesa el mundo.

Y desde luego podemos afirmar que el renacimiento del Pontificado, bajo el soplo de Leon XIII corresponde á una necesidad universal. Hemos llegado al retorno previsto por las inteligencias mas perspicaces, á la hora de turbacion en que el mundo tiende hácia el centro de unidad.

El mismo Renan en sus *Cuestiones contemporáneas* habia previsto este renacimiento del Pontificado, cuando la dispersion de los espíritus y de las cosas haria necesario un punto fijo en medio de la universal confusion. Y este punto fijo es el Pontificado, el único que

está colocado sobre la roca incommovible, mientras todo se mueve á su alrededor. Ni la ciencia, que ha desilusionado á los mejores, ni la política, que ha derribado las bases de la moral y de la vida pública, ni el Estado que atraviesa una crisis tremenda, ni la economía política, cuyo agotamiento es visible; ninguna de las grandes fuerzas de proyeccion conserva ya la potencia de vitalidad y de reaccion.

Pero á esta suprema miseria Dios ha dado un apoyo: ha enviado un Papa que ha sabido restaurar el poder por excelencia en medio de las preocupaciones sociales y politicas; por mucho tiempo disputado, es universalmente reconocido. Es asi como en todas las épocas de transicion y de transformacion, Dios depara un hombre, resumen y expresion de las nuevas necesidades, dechado de la vida pública, punto de partida de una nueva era, un salvador.

Léase á Taine, quien ha explicado de una manera admirable, bajo el punto de vista puramente filosófico, la génesis y el papel de ese hombre histórico; y se verá que bajo el esplendor de esta ley, el Papado se ha convertido en foco de vida internacional. Es el punto donde la unidad de la conciencia humana se vuelve á en-

contrar y se afirma; es la escuela de confianza, de optimismo, de virtud social; es el monte sagrado de donde brota la fuente de reaccion y en donde germinan las grandes ideas.

La dispersion de los espíritus inaugurada en 1518, ha producido la incoherencia de las cosas; de las esperanzas ilimitadas de la ciencia ha nacido el pesimismo; del refinamiento de la cultura y de la civilizacion ha nacido la crisis económica, que hace tambalear todas las bases y hace imposibles todos los equilibrios. Nuestra civilizacion está agonizante por exceso de cultura y por defecto de moralidad. Somos como la Grecia y el mundo romano, una sociedad en que el mal se complica con la impotencia de las leyes. Pero lo que constituye nuestra superioridad y el mal de esta crisis histórica, es que detrás de nosotros se vienen á pasos agigantados los bárbaros, no los del Norte ó del Oriente, sino los bárbaros de adentro, los del pensamiento y de la accion, con la rabia y el odio en el corazon y el puñal en la mano, con la esperanza indomable de romper el molde social y de formar otro nuevo y á su modo.

A este empuje formidable no tiene la

sociedad otra cosa que oponer sino una liga de impotencias; el Estado desamparado, por una parte, y por otra la profunda division de las inteligencias, y la decadencia de los caractéres, que el individualismo y la incredulidad han engendrado en el mundo actual.

Esta triple miseria del espíritu, del corazón y de la sociedad forma la señal reveladora de todo fin de época y de civilización. Pero cuando la humanidad no puede más el cristianismo la salva.

En medio del caos, solo Leon XIII ha afirmado su voluntad invencible, con el cortejo inestimable de las fuerzas morales contenidas en el Papado. Hé aquí pues, el punto fijo; hé aquí la roca, hé aquí el foco de luz inextinguible. Como el Cristo, de quien es continuador, el Papa llama á la unidad. Jesús trajo la buena nueva en medio de una convulsión de agonía; Leon XIII la renueva, y la adapta á las condiciones de nuestra época. Hé aquí porque las naciones cristianas tienen un principio de inmortalidad que las hace curables y sanables, sin que tengan necesidad de pasar por las puertas de la muerte para renacer.

Poder de expansión inalterable, el Papado es el arca que salva á la huma-

nidad al través de todos los diluvios. Cuando todo cae, él queda de pié, cuando todo se disuelve, él conserva su cohesión; cuando todo desespera y languidece, él tiene la fé y la vida.

¡Ese invencible y eterno regenerador! Social y políticamente es al mundo entero, lo que moral y religiosamente es á la Iglesia; es la piedra angular. Hé aquí porque, por una disposición de la providencia, el Pontificado ha vuelto á ser un poder social y político, á fin de que en medio de nuestras pruebas, dolores, y peligros la familia humana encuentre una palanca y un punto de apoyo, para salvarse caminando á la unidad.

La obra será ardua; las montañas de los prejuicios y la suma de impotencias se presentarán en contra de esa divina esperanza del gran Papa; pero no importa, Leon XIII vé el desarrollo de nuestros destinos, como nadie los ha previsto. La crisis se agrandará; el refinamiento de arriba, y la barbarie de abajo, crecerán; pero á cada relámpago, á cada amenaza de la tormenta, el mundo se acordará del Papa; y recordará que existe en el centro del mundo un órgano de vida, y que para llegar á la unidad social y política, es necesario pasar por la unidad religiosa, que ha sido el lla-

mamiento del gran Papa. Y ¡qué invencibles son los hombres que cuentan con Dios, con la fuerza de las cosas y la lógica de la historia!

No hay en la Enciclica *Præclara* ni ilusión optimista, ni un puro deseo piadoso, sino que ella condensa los nuevos programas que requieren las nuevas situaciones: es propio del genio ver más lejos que los demás.

La compenetración de los mundos será otro gran coeficiente de la expansión del ideal cristiano: los continentes se acercan, la civilización avanza a marcha forzada en todas direcciones.

Y entonces; ¿cual será la suerte del cristianismo, quien obtendrá la victoria en esa compenetración de los pueblos y razas? La ley histórica enseña que el principio superior absorbe al inferior. Este es el secreto de todas las dominaciones y de todas las transformaciones. En esa próxima lucha, en ese encuentro inevitable entre los pueblos cristianos y las razas paganas, entre la sociedad y la anarquía, el cristianismo, la Iglesia católica que es su más alta expresión, al decir de M. Cousin, no solo tiene una gran misión que desempeñar, sino grandes conquistas que realizar. La compenetración y el desquicio social llevarán

á la transformación y la transformación á la adaptación. He aquí los horizontes hacia los cuales se abren las esperanzas de la Enciclica *Præclara*; que es la carta nueva para un porvenir también nuevo.

El ideal de Leon XIII significa, no una quimera del optimismo, sino previsión, intuición, presentimiento y preparación del porvenir más ó menos próximo de la Iglesia, de la civilización y del mundo.

Crear en la unidad del cristianismo, es creer en la unidad de la civilización, en la unidad de la ciencia y en la identidad de los destinos providenciales del género humano. ¿No presentía ya De Maistre un impulso irresistible que nos empujaba hacia la unidad por esos dos movimientos concéntricos que se manifiestan en el mundo: la colonización, resultado de nuestra civilización y la compenetración de las razas, bajo la dirección de las fuerzas comerciales é industriales de las naciones cristianas?

Más ¿cuando se realizará ese ideal? No lo sabemos, porque un año es como un día y un siglo como un año en la vida de la humanidad. Pero el ideal del cristianismo se realizará: hé aquí la promesa del Padre al Cristo Salvador: «Yo te daré los pueblos por herencia y tu reino

se extenderá hasta los confines de la tierra» (psal. II. 7).

Y en confirmacion de nuestras esperanzas en esa salvadora reaccion que se opera en el mundo hácia el ideal cristiano, óiganse estas palabras de la última alocucion de Leon XIII al Sacro Colegio: «Nuestra palabra se refiere principalmente á ese despertar saludable, y tan deseado, de Fé religiosa que se manifiesta y resplandece en las diversas naciones. Ellas fueron en otro tiempo, y durante varios siglos, favorecidas por la Fé y colmadas de los mas señalados beneficios. Pero desde entonces, demasiado olvidadas de su obra regeneradora, no han temido atacarla y aun renegar de ella.

Hoy, por designio de la Providencia, sucede que á consecuencia de errores y peligros constantes del orden moral y social, han venido á considerar y reconocer que es soberana locura olvidar y desdeñar el reino de Dios y su justicia. Ven ellas que los Estados lo mismo que los individuos, se jactan en vano de obtener bienestar y perfeccion, si no los buscan en el Soberano Autor de todas las cosas, moderador y fin último de toda criatura. Ven que, abandonada la Fé en Dios, nada valen la conciencia del

deber y las virtudes cívicas, y que las leyes mismas y los castigos no bastan á contener los ánimos y á domar á las multitudes, sino más bien las exasperan.

Siendo las cosas estas de tal evidencia, ¿quien no reconoce la extraordinaria importancia que para todos tiene el trabajar de comun acuerdo, unánimemente, á fin de que este despertar y crecimiento de la Fé cristiana se difundan con libertad y penetre con vigor en todas las venas de la vida pública y privada?»

Mas al terminar la síntesis que á grandes rasgos nos propusimos presentar sobre el cristianismo á todas las almas que saben pensar; cúmplenos, amados católicos, recomendaros muy encarecidamente que durante este tiempo propicio de la santa Cuaresma, mediteis mas seriamente acerca de la grandeza y sublimidad de las enseñanzas de nuestra santa religion á fin de que á la luz de sus esplendores y ante la inmensidad de sus beneficios para el individuo y la sociedad, se acreciente vuestra conviccion y vuestro celo, no solo para saber defender la fé de los ataques de tantos hermanos nuestros que la desconocen, sino tambien para que cada vez la ameís con mas ardor, procurando difundirla en sus instituciones y prácticas para gloria y sal-

vacion de nuestra sociedad. Asientraremos en ese concierto de reaccion generosa hacia el ideal del cristianismo, que empuja de una manera acelerada á todos los pueblos fatigados de cansancio al reconocer que fueron victimas de las multiples aberraciones en que el espíritu de incredulidad les sumergiera por haberse apartado con ingrata apostasia del ideal divino que encierra el cristianismo, como religion absoluta y base de la civilizacion humana.

La Iglesia ya lo sabia, y por eso se compadeci6 y se compadece de esas tristes aberraciones de la sociedad moderna: *Ego sum lux mundi... Ego sum via, veritas et vita*; Yo soy la luz del mundo... Yo soy el camino, la verdad y la vida», ha dicho Jesucristo, y con esa afirmacion enseñ6 al genero humano que erraria en sus progresos y conquistas no yendo por ese camino; que no encontraria la verdad religiosa sino en su doctrina y sus dogmas, y que no existiria luz y vida para la humanidad, esto es, civilizacion, sino inspirándose en sus preceptos divinos. No hay por tanto esperanzas de salvacion para la crisis actual sino en la vuelta al ideal del Evangelio. Y asi acaba de reconocerlo desde las columnas de la *Revista de Ambos*

Mundos un filósofo y escritor poco sospechoso cuyo testimonio queremos citar porque puede servir de advertencia saludable á los que rigen los destinos de la nacion. Despues de declarar que el bar6metro social es la educacion, porque es la que forma las generaciones, se expresa de esta manera: «Todo lo que los gobiernos hacen contra la ensefianza del cristianismo en las escuelas, colegios y universidades redundando en provecho del socialismo revolucionario. En efecto; una de dos: 6 el cristianismo es la verdad eterna y por consiguiente social, y entonces es necesario dar una ensefianza esencialmente cristiana, por cuya razon la escuela llamada *neutra* aparece como una inconsecuencia y como una locura; 6 el cristianismo no es la verdad, y entonces es el socialismo revolucionario el que tiene razon.»

«Cuando se acabará de comprender que por medio de la política escolar que acaba de inaugurar nuestro siglo, se abrió la gran via por la cual pasará la revolucion socialista, que nada edificará y que no traerá sino ruinas! No hay duda, es necesario una reforma social; pero esa reforma, 6 se realizará por medio del Evangelio, 6 no se hará.»

Esta categórica declaracion contiene todo una apología del cristianismo, hecha cabalmente en circunstancias del supremo peligro social; por consiguiente tiene un valor inmenso, y seria una soberana insensatez no apercibirse de la necesidad y conveniencia de recurrir al cristianismo y á su práctica sincera para la salvacion de la sociedad y de las naciones.

En verdad, y como lo ha declarado Leon XIII, la causa sagrada del catolicismo y de la civilizacion no tiene mas enemigo irreconciliable que la Francmasoneria; todos los demas solo son adversarios, y lo son accidentalmente por creer antagónicos el cristianismo y la civilizacion; por consiguiente bastará una explicacion leal para entenderse la Iglesia y el Siglo, que busca el ideal cristiano con otro nombre quizas, bregando por librarse de los resabios y prejuicios del filosofismo volteriano, que llegó á desnaturalizar con sus calumnias la idea cristiana.

Asi, pues, no titubeamos en reiterar por nuestra parte, el llamamiento del gran Pontífice en su inmortal Enciclica *Proeclara*, á todos los hombres de buena voluntad, á fin de que trabajando de

consuno por la salvacion de la sociedad, cesen los prejuicios, que nublan la inteligencia de tantos hermanos nuestros, pero que siendo almas naturalmente cristianas por la generosidad de sus propósitos, podrán llegar á la conviccion de que es el Evangelio el código y el ideal supremo del bienestar y grandeza de las naciones.

Dada en Montevideo, desde nuestra residencia episcopal, el 2 de Febrero del año del Señor 1895, Fiesta de la Purificacion de la Sma. Virgen.

† MARIANO
Obispo de Montevideo.

Secretaria de la Diócesis.

Montevideo, 3 de Febrero de 1895.

La presente Pastoral será leida como de costumbre, dividiendo su lectura en cuatro partes proporcionales y á contar desde el domingo de Septuagesima; pero solamente en las Iglesias parroquiales y de comunidades religiosas de varones.

Por mandato de Sria. Ilma. el Obispo Diocesano.

Eusebio de Leon,
Secretario.